

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO



Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

Julián Ibáñez

TODO BELLÓN 2



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

— COLECCIÓN ESTRELLA NEGRA, nº 26 —

MADRID • MMXXI

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento. Así como el almacenamiento, transmisión —de la totalidad o parte de su contenido— por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © JULIÁN IBÁÑEZ

De la edición © Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: CARLOS AUGUSTO CASAS

Del prólogo © ALICIA ARÉS

Diseño de la colección: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Ilustración de de cubierta: *True cases of woman in crime*
Fotografía de solapa © Toni Guerrero (Getafe Negro)

Impreso en España por Copias Centro (Madrid)

Primera edición: Septiembre 2021

I.S.B.N: 978-84-18997-08-2
Depósito legal: M-24187-2021



**Comunidad
de Madrid**

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición de la Comunidad de Madrid

ÍNDICE

Nota editorial	pág.	7
Bellón 9:		
Violentemente pelirroja	pág.	9
Bellón 10:		
La catequista	pág.	119
Bellón 11:		
Yo fui mercader de mujeres	pág.	225
Bellón 12:		
La noche se llenó de sirenas	pág.	337
Bellón 13:		
El atraco	pág.	447
Bellón 14:		
La traición del mirlo blanco	pág.	553
Contenido extra:		
Las pelirrojas no se arrojan al vacío	pág.	669

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

NOTA EDITORIAL

Bellón es ya de la familia. Siempre tiene las puertas abiertas en la casa de Cuadernos del Laberinto.

Una o dos veces al año Julián Ibáñez nos envía un email breve, del tipo: «Tengo otra entrega. Se titula xxxxxx, ¿os interesa?». A lo que nosotros siempre contestamos que sí, que queremos todo lo que escriba. Y entonces volvemos a sentir el placer de regresar al Menta y Canela, de recorrer los barrios en el Seat, pasar por la pensión a por las cachiporras (una grande y otra pequeña) o pillarnos por esas mujeres (media costilla) fuertes, corcantes y arrasadoras que suelen acompañar a Bellón.

Con Julián todo es sencillo. En 2014, tras leer *El viejo muere, la niña vive*, le llamamos por teléfono para decirle cuánto nos gustaba su estilo y dorarle la píldora con la intención de convencerle para que publicase con nosotros. La conversación que teníamos planeada abarcaba bastantes alternativas, y habíamos planificado diversas salidas según viésemos sus movimientos; pero no nos dio opción. Julián se transformó en Bellón en una décima de segundo y sus únicas palabras fueron «mandadme el contrato y ya veremos», tras lo que colgó el teléfono.

Desde entonces han pasado 15 novelas y no sé cuántos años en los que hemos aprendido muy bien la diferencia entre *hardboiled* y *enigma*, y hemos logrado *sacar el jarrón veneciano a la calle*.

Ibáñez es disciplinado y se levanta a las seis de la mañana para andar un rato por el campo y escribir el resto de la jornada, sea invierno o verano. Y si le preguntas por qué escribe a diario, nos da la explicación

más cabal y sensata que puedes recibir de un escritor. Nada de rollos trascendentales y copiados del tipo «encontrarme a sí mismo» o «liberarme de mis demonios». No, Julián lo tiene claro y no necesita disfraces del *Todo al 100*. Julián Ibáñez escribe «porque me lo paso en grande haciéndolo», algo que, sin duda, se nota en toda su obra. Y los lectores agradecemos esta literatura franca con la que también nosotros nos lo pasamos en grande.

De todas las funciones del trabajo editorial, quizás la más importante sea la de dar a conocer a autores esenciales, únicos e irrepetibles. Esos que se te quedan clavados para siempre. Y no importan las cifras de ventas, ni la fama del autor, ni las críticas, ni las modas. Porque sabes que estás haciendo algo grande. Y publicar a Julián Ibáñez lo es.

Como editora, Julián es mi as en la manga, y cada vez que publicamos una de sus entregas me veo recorriendo la avenida de los Campos Elíseos para alcanzar al Arco del Triunfo, porque sé que algo bueno estamos haciendo y que poco a poco el *hardboiled* va ganando batalla al *thriller*.

ALICIA ARÉS
Madrid, 2021

Bellón 9

Violentamente pelirroja

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

—*Así que vino a tomar las aguas, ¿al Sahara?*

—*Me informaron mal.*

(Casablanca)

Me había mirado de una forma especial. Algo quería. Pero no iba a ir, aunque me llamara, que no lo haría. Enviaría a una de las chicas a darme el recado: «dile que se acerque», entonces yo podría ir donde ella o no, dejando claro que no era su lacayo. «Doña Lola para ti», me había dicho; en realidad, «doña Lola» para todos.

Era un buen bar, o un club, como lo queráis llamar, con clientes parlotando sin apoyar el codo en el apoyabrazos de cuero negro, con las piernas cruzadas, en un tono de voz que venía del interior de una catedral. Las chicas estaban bien, sin llegar a los treinta, delgaditas, con chaleco de cuero negro desabrochado y sin nada debajo; sabían poner una copa y de tarde en tarde sonreían. No había ceniceros, pero se nos permitía tirar de cajetilla cuando lo deseáramos.

Acababa de pedir otra copa, que me pondrían en la cuenta, por lo que tendría que soportar esa mirada especial como si hubieran dejado abierta la puerta de las letrinas.

La chica pareció leer mis pensamientos, se plantó muy tiesa delante de mí para decirme que invitaba la casa a «esa» copa, incluso se esforzó en recordar cómo se sonreía, sin conseguirlo. Volvió la cabeza hacia doña Lola, que se encontraba fuera de la barra dándole palique a un fulano.

—Espera —me dijo, sin dejarme contestar.

Se dirigió donde la jefa. Esperé a que comenzara a deshacerse el donuts de humo que el fulano había lanzado al aire y le dijo algo pegando casi los labios a su oreja. La jefa afirmó levemente, sin desviar la mirada

del tipo que contemplaba los restos de la voluta. Le arrojó un par de palabras y enfiló hacia mí.

Su aspecto era un poco... percherón y su aire como malvado. Tenía un cuerpo grande y mullido. Con un maquillaje intenso: los ojos, de mirada maciza, eran negros, con un antifaz de rímel verde ciruela (las chicas decían que era lo mejor que tenía), sin cejas, o con cejas pintadas, como dos alfanjes, con largas pestañas postizas. Su boca era grande y fría, en un rostro rosado, colocado sobre una doble papada. Era una cara muerta. Al parecer, una de las chicas le afeitaba las piernas de vez en cuando.

Su vestido, blanco marfil con lentejuelas, ceñido, no le impedía moverse con soltura. Para mi gusto, lo mejor era el cabello: una peluca roja, un rojo Infierno, que le llegaba hasta los hombros, lisa, sin ninguna onda o rizo, como lava derramándose por las laderas de su cabeza.

Se detuvo delante de mí, sin apoyarse en la barra, porque los viejos tiempos habían terminado, ahora se dedicaba a poner un poco de orden a ambos lados y a dirigirse a los buenos clientes por su nombre de pila, invitándolos a una ronda de vez en cuando. Intercambiamos un par de gruñidos y:

—Corazón. Has hablado un par de veces con ella.

No dije nada, tampoco desvié la mirada. Corazón era una de las chicas. Esperé durante unos segundos a que yo abriera la boca e hizo una seña a la chica para que le alcanzara una tira de papel con números que había sacado de la caja. La echó un vistazo.

—No ha venido a trabajar —continuó, estudiando las cifras del papel—. No responde al teléfono. Vive sola. —Levantó la cabeza para ofrecermé su mirada dura—. Acércate a su casa, a ver qué pasa.

Era una especie de orden, como si yo fuera un caniche que no se quería meter en la cesta. Mis ojos no se desviaron de los suyos.

—¿Nada más?

Durante unos segundos su mirada aprisionó la mía. Le echó otro vistazo a la tira de papel. La rasgó y le dio los pedazos a la chica que los arrojó al cubo de la basura. Me miró.

—¿No es a lo que te dedicas?

No, no era a lo que me dedicaba.

—No, exactamente. Te costará pasta. Soy caro.

Siguió mirándome, como preguntándose si ahora me dedicaba a encaramarme sobre los hombros de la gente para mirar desde arriba.

—Lo primero, lo sé. —Entonces giró un poco la cabeza y sus ojos se pusieron en el cubo de la basura. Y me miró de nuevo—. No sabemos nada de ella, no es normal. Acércate a ver qué pasa.

—Quizás esté enferma.

—Ayer estaba muy bien. No lo creo. La calle es Emilio Pino, en el 13, aquí, en Móstoles. Date una vuelta por allí.

—Las chicas van y vienen. Y pasan de fiestas de despedida...

—No ha liquidado —me interrumpió—. Son solo un par de billetes, pero no tenía motivo para dejarme. Todas las chicas detrás de esta barra están contentas.

Eché una mirada fugaz a lo largo de la barra. Empiné un trago. No me quedaba ninguna sonrisa, así que me la ahorré.

—Llamo a su puerta, me abre y le pregunto por qué ha hecho novillos, o le doy ese par de billetes que le debes: que a la jefa no le gusta deber dinero a nadie. Te costará otro par de billetes, es un largo paseo de diez minutos.

—Coge el Lexus.

El Lexus era su buga. Demasiado dinero y facilidades por llamar a la puerta de una chica. Algo se retorció en el fondo de mi mente. Pero me encontraba demasiado cómodo encaramado en aquella banqueta, poniéndome la copa chicas sin nada debajo del chaleco, con botones de nácar para golpear con la uña y una calefacción para que no tuviera frío.

Corazón hacía poco que trabajaba en El Elefante Blanco, cosa de un par de meses. Era muy joven, andaría por los dieciocho, mayor de edad porque doña Lola no trabajaba con menores. Con un rostro dominado por unos enormes ojos verde oscuro como aceitunas, uno de esos cuerpos todavía de productos lácteos y con un par de tatuajes lavables en los hombros. Una ganga para cualquier harén. Seguramente había encontrado algo mejor y se había largado sin molestarse en despedirse, no había liquidado porque no le merecía la pena. La historia de todos los días. No comprendía el interés de la mujer que tenía delante por encontrarla.

Seguía mirándome, pero de otra manera, parecía estudiarme, como si no estuviera segura de que yo no fuera a salir corriendo. Volvió la cabeza hacia la barra, luego me miró de nuevo.

—No se ha ido voluntariamente.

Y se quedó esperando el efecto que producían sus palabras.

—¿Ah, no?

—No.

—Vaya.

No tenía nada que pensar, pero pareció buscar las palabras y tardó en responderme:

—Por la liquidación de dos semanas, y tampoco se despidió, y ella no es así, nadie vino a buscarla en el mes que ha estado aquí... —miró sobre los dos hombros, no muy acelerada, aunque sabía que no nos estaban escuchando. Sentí sobre mí toda la carga de sus ojos—. Antes de ponerse en esta barra, estuvo trabajando para otro.

Su mirada se hizo más afilada, pidiéndome que el resto lo pusiera yo. Seguramente a aquel «otro» no le había parecido bien que Corazón lo dejara y la había reintegrado al redil, es lo que quería decir.

—¿Qué otro?

—No lo sé. Solo que estuvo trabajando para otro.

—¿Las chicas no lo saben?

—No.

Me sorprendió aquella respuesta tan seca, como si ahora quisiera dejar aquel tema de conversación que ella había sacado. Nos quedamos en silencio. Si había un «otro» todo cambiaba, sentí como si alguien hubiera cortado las patas de mi banqueta y estuviera contemplando el bar a medio metro del suelo.

—¿Por qué yo? —se me ocurrió preguntarla, sabiendo que su respuesta tendría buen sabor.

—Porque te conoce —respondió al instante—. Las chicas confían en ti. Y porque si es algo serio, podrás colgar en tu armario un traje nuevo.

—¿No te gusta mi traje? —la pregunté, como si iniciáramos otra conversación más seria.

Podía haberse referido a mi cuenta corriente o hablarme de una cifra, sin más; pero había preferido tratarme como a un paria. La mujer que tenía delante era muy lista, sabía que aquello me iba a molestar, así y todo lo había dicho, buscando que me molestara, sin que yo llegara a comprender la razón. Ya digo: para darle cuatro puñaladas y enviarla al rastrojo.

No se dignó a contestarme.

—Tenme informada. Si hay otra gente, te faltarán bolsillos para lo que te voy a dar. —Asintió lentamente porque lo hizo solo para ella. Miró de nuevo hacia el cubo de la basura—. Hemos perdido tu cuenta. No te vamos a abrir otra —inclinó la cabeza hacia la puerta— porque esa puerta estará cerrada para ti si no traes del brazo a Corazón.

Dio media vuelta y se alejó.

Me quedé mirándola, me pareció que caminaba demasiado rígida, con apariencia militar, o facilitando las cosas para meterla en la caja; recordé que su cuenta de ahorro había comenzado a crecer sacando brillo con el culo a la tapia de una academia militar, en Toledo, si no estaba mal informado.

Permanecí pensativo durante un minuto, luego apuré la copa, dejé la banqueta y salí del bar.

* * *

No le había pedido el Lexus, quería que mi relación con ella fuera de tú a tú, aunque su tú fueran mayúsculas de gran tamaño.

En realidad Emilio Pino no estaba lejos. Un paseo de veinte minutos, a buena marcha.

El número 13 era un edificio moderno, de apartamentos y estudios, con una puerta de cristal. Apreté un par de botones del telefonillo. Unos segundos y la puerta se abrió sin que nadie me preguntara nada. Entré. Un buzón me informó que Corazón vivía en el primero, en la puerta C. Los estudios estaban en la última planta, así que no era un estudio, lo que me extrañó.

La C era una puerta con tres cerraduras que te invitaban a pasar de largo. Me pareció demasiado para una chica que sacaba el billete de cada día detrás de una barra. Apreté el botón del timbre pero ningún sonido me respondió al otro lado. De nuevo me extrañó. Empleé los nudillos. Era una puerta gruesa y el sonido no se alejó más de un palmo. Mis tripas me preguntaron dónde estaba la sopa. No había cenado. Repetí la llamada. Sin respuesta. La puerta de enfrente tenía la letra B. Llamé. Sonó algo mejor. Otro minuto y sin respuesta tampoco.

Si Corazón se había largado, allí no se encontraba, era el primer lugar donde irían a buscarla. Me tocó resoplar, salir a la calle y alejarme rápido, con las manos en los bolsillos, obligando a mi cerebro a pensar solo en una cena ligera.

Hacía un frío que te arrancaba las orejas, era una de esas noches con el manto oscuro salpicado de estrellas, con una luna que andaría por alguna parte; sin apenas tráfico y con coches al acecho a lo largo de las

dos aceras. Había sacado de una máquina un par de barras energéticas y aquella sería mi cena si no encontraba algo abierto. Lo que me pareció improbable. De pronto la noche se llenó de sirenas, como a un kilómetro o dos, alguien estaría asesinando a alguien; los polis llegarían tarde. «Hemos llegado tarde», y darían media vuelta para continuar con la partida en el garito de Crímenes Sin Resolver.

En el Embajada había solo una pareja pegada a la barra, y en el reservado una partida de cuatro jugadores. Cuatro mataos que habían puesto sobre el tapete el billete que su mujer guardaba para la comunión del niño. Pasaban de necesitar escolta. Felí me puso al lado del botellín un plato de panchitos y me dijo «que aproveche».

Iba de retirada cuando recordé que doña Lola había dejado caer que Corazón pertenecía antes a otra gente. Me detuve, porque un nombre acababa de aparecer en mi cabeza: Mulero. Uno de esos tipos que abren las puertas de una patada y que hace mucho que se han quitado el pitillo de la oreja. Tenía un hermano, Adrián, o Jacinto, algo parecido, que, con bata blanca de matasanos, hacía caja vendiendo botellines de estramonio en la puerta de las discotecas, con una etiqueta enorme: «Jarabe para la tos». Una de las chicas que desgastaban bordillo para el Mulero era Marisol, un nombre que no le pegaba porque hacía mucho que no usaba calcetines blancos. Aquello encajaba. Había aparecido por El Elefante Blanco un par de veces y me pareció que ejercía de hermana mayor o abuela de Corazón. Trabajaba en la acera del parque Las Tres Carabelas, propiedad del Mulero. No estaba lejos. Enfilé hacia allí.

Unos diez minutos y un par de chicas me informaron que Marisol no estaba, que no sabían nada de ella. Pero la que no había hablado no pudo contener una mirada fugaz hacia su derecha, hacia una gasolinera cercana con las luces apagadas. Se podía apreciar un coche blanco aparcado en las sombras. Sin más, fui allí.

Solo se veía una sombra en el asiento del conductor, así que me tocaba esperar. Saqué la cajetilla, apoyé la espalda en una pared y encendí un pitillo.

Era una forma de ganarme la vida que no se anunciaba en los periódicos: sostener una pared mientras me fumaba un pitillo. Esperando que una chica con los cuarenta perdidos de vista y ojos de pez terminara un servicio. Entonces pedirle por las malas una dirección, que me enviara a otra dirección, donde poder encontrar a una chica llamada Corazón, en la cama o saliendo del piso con el carrito de la compra, para cargármela al hombro y llevársela a una choni que no me gustaba. Todo esto por un par de billetes que echarme al bolsillo. Para al día siguiente hacer lo mismo o algo parecido. Quizás reintegrar al hogar a un tipo que se había largado con la cajera del supermercado dejando el lavavajillas sin vaciar.

No sabía por qué la vieja la había contratado, porque me constaba que no necesitaba chicas.

Estaban tardando demasiado. Había terminado el pitillo y no quería fumar más. Ahora se distinguían dos siluetas en los asientos delanteros, debían de estar morreándose o mordisqueándose las orejas. Habían empezado por el postre. Me iba a poner en movimiento, cuando la puerta del copiloto se abrió y Marisol bajó del coche. La otra puerta se abrió también y apareció un barrigón con la cremallera bajada y una torrija versallesca. Ella se quedó mirándome, cerrando la puerta a cámara lenta. Fui directamente adonde estaba el tipo, le cogí del brazo, le oí farfullar «es una dama», «caballero». Abrí la puerta del conductor y lo arrojé adentro.

La cogí del brazo con fuerza, para que comprendiera que no me encontraba allí para recitar poesías. La arrastré hasta la bomba del agua:

—Corazón. Tú eres su amiga. ¿Dónde se mete? ¿Dónde está? ¿Dónde se ha metido?

—Joder, déjame. No te he hecho nada. No sé de quién me hablas.

—Eres del Mulero. La conoces, eres como una madre para ella.
¿Dónde está? ¡Vamos!

—Joder, déjame.

—¿Dónde está? Tengo que hablar con ella. Quizás tenga algo bueno que darle. Y puede que a ti también.

Dejó de forcejear y me miró un poco expectante.

—... ¿Qué?

—Trabajo.

La cara se le iluminó un poco.

—¿Qué trabajo?

—Del bueno. Me han preguntado por ella. Cuando me pregunten por ti, vendré a buscarte. ¿Dónde se mete?

Dudaba.

—¿Es verdad?

—Y tan verdad. Yo estoy para ayudaros. Me han dado de plazo un par de días, si no aparece, se terminó la oferta. Luego puede que me pregunten por ti, Corazón te lo dirá.

Siguió dudando, pero haciendo cuentas también.

—... Donde la Mora.

Podía haberlo supuesto. Era el lugar lógico, así que me llamé idiota por no haberlo pensado antes.

—... En el bajo A —añadió sin que yo le preguntara nada.

Saqué el de cinco y se lo metí en la hucha de las tetas.

Serían casi las dos, demasiado tarde para ir a buscarla, la Mora vivía en Zarzaquemada, un barrio de Leganés, no recordaba cómo se llamaba la calle, pero podía dar con ella.

Corazón no me abriría la puerta, y si lo hacía sería para arañarme la cara, así que decidí dejarlo para la mañana siguiente.

* * *

Quedar con Azucena a las diez de la mañana era algo extraordinario. Que la llamara con urgencia. Lo había cogido a la primera, que en diez minutos, delante de la papelería que estaba entre la gestoría y no recordaba qué otra cosa, aunque la papelería estuviera abierta.

Tenía una nueva novia, otra poli, jovencita, de la escala inferior, decía que la había hecho rejuvenecer veinte años. Pero me preocupaba, quizás se le había arrimado buscando un galón y la diferencia de edad podía indicar que el idilio no iba a durar. Y si volvía a hundirse, esta vez lo haría a demasiada profundidad, donde el brazo de Bellón no alcanzaba. Por eso me comportaba con ella más perruno que de costumbre, que conmigo encontrara terreno firme bajo los pies.

Apareció el Ford, aparcó y salió del coche. Sería, con las manos en los bolsillos de la chupa. Intercambiamos un par de holas y nos pusimos a caminar. Me cogió del brazo y yo lo despegué del cuerpo. No acostumbraba a cogerme del brazo, no tenía nada de ama de casa que pasea con el marido por los soportales. No sabía por qué lo hacía ahora. Porque estaba en horas bajas o a lo mejor era porque la vida le sonreía. Debía ser esto, porque:

—Donjuán, ¿qué tal se te dan las mujeres? Las que llevan rulos se vuelven locas por tipos como tú, buscan protección y lo otro de propina.

Me miró, esperando una respuesta.

—¿Rulos? Me conformo con que se corten las uñas. ¿A quién tengo que arropar?

Llegamos al cruce. El viento, diligente, había comenzado a soplar con la salida del sol. Azucena se descolgó de mi brazo para subirse la chupa, luego se enganchó de nuevo. Cruzamos la calzada. En su rostro había aparecido una media sonrisa.

—... A una secretaria. No sé cómo tiene las uñas... Necesito ampliar cierta información.

Comprendía. En la comisaría salían continuamente las navajas de los bolsillos, los polis se ocultaban información en su pelea por escalar en el escalafón y siempre que podían investigaban por su cuenta. Ahí entraba yo.

—Lo cojo. Quieres que haga algo. Lo hago y te lo doy, lo pones un lazo y lo plantas en la mesa del comisario.

—Algo así.

—Juegas sucio con tus compañeros. Me gusta.

—Y ellos conmigo. Son unos hijos de puta. También tú, lo de jugar conmigo, ¿crees que me trago todas las historias que inventas?, cada vez más —me apretó el brazo—. No importa, me entretienen. Quiero que te ligan a una tía, una secretaria.

Ya sabía que no se tragaba mis historias, pero nunca me lo había echado en cara.

—¿Solo eso? ¿Cuánto mide? —La táctica del Jaimito para desviar la conversación.

—Está lo suficientemente buena para que se la haya ligado un kosovar.

Comprendí. Alrededor de los kosovares se había fabricado un pequeño mito: que daban grandes golpes empleando tácticas militares y que era mejor que no abrieras la boca cuando te estaban quitando la cartera. Siempre se exageraba, había conocido a un par de ellos y eran dos pringaos metidos en el cobre.

—Más —le dije.

—... Han comenzado a vivir juntos, así que ella tiene, o tendrá, alguna información. No la acusamos de nada y no la podemos interrogar. Eso lo harás tú. Hablándole al oído sobre la almohada, ya sabes.

—¿Qué información puede tener? Ese kosovar no será idiota. Le habrá dicho que trabaja en una oficina.

—Que está en el paro. Es lo que le ha dicho. Que está en el paro.

—¿Y viven del sueldo de ella?

—Eso suponemos. Por eso no te va a resultar fácil.

—¿Cuánto gana?

—¿Para qué lo quieres saber? Tres mil, por ahí.

Solté un silbido.

—¿Una secretaria? ¿De las que usan minifalda y cruzan las piernas?, ¿de las que se sientan en el regazo del jefe para tomar notas? Me parece poco.

—Sabe idiomas. Tiene un título administrativo. El par de veces que la he visto usaba pantalones.

No comprendía como una choni así se había enrollado con un kosovar en paro, una foto suya me hubiera dado la respuesta.

Nunca me había encargado nada igual. Azucena tenía que comprender que no iba a resultar fácil. Imaginé que la atmósfera en la comisaría se había hecho demasiado espesa.

—Trabajo difícil. Le pediré hora al peluquero.

—Cafetería Alaska, en Ríos Rosas, en Madrid. Ella se llama Elisenda Morata. Va todos los días laborables a las once en punto, es la hora del café. Cuarenta y cinco, como un metro setenta, morena, melena con ondas, poco maquillaje. No tiene pérdida. A ver qué puedes hacer.

—¿Él cómo se llama?

—... Lorik. ...Se llama Lorik.

Le había salido un cierto tono de desgana, casi de derrota, comprendiendo la dificultad del encargo, como si se hubiera arrepentido de habérmelo hecho. Decidí darle un empujoncito hacia arriba.

—Saco a Lorik de la cama. ¿Y luego?

—¿Luego? Ya sabes, palabritas en la oreja. Eso se te da bien.

Inspiré con fuerza por la nariz, mis hombros se elevaron y se tensaron los pectorales. Azucena se pegó más a mí. La pasé el brazo por los hombros y la di un achuchón.

—Estoy un poco jodida, ¿sabes? —me dijo, con una voz quebrada.

Suponía que se refería a su ligue reciente, quizás ya la había dejado. Yo no sabía cómo afrontarlo, no le quería decir cualquier chorrada. Así que la apreté de nuevo.

—Me tienes a mí.

Así, muy abrazados, dimos media vuelta y regresamos al coche.

* * *

Zarzaquemada era un barrio construido hacía cincuenta años, para parejas jóvenes que ahora, convertidos en jubilados, vagaban sin rumbo explorando el barrio o cruzaban la calzada detrás del sol.

La Mora vivía en uno de aquellos bloques. La calle se llamaba Rioja, era ancha y soleada. No se veía por allí el buga de Corazón, un Ford amarillo. La Mora era una tía lista que había ahorrado lo que ganaba con el cofre en vez de dejarse la pasta en abrigos de piel de camello para tipos con un rizo en la frente. Tenía idea de que tres o cuatro pisos en aquel bloque eran de su propiedad. Si Marisol no me había engañado, encontraría a Corazón en el bajo A. Aunque seguramente ya la habrían avisado.

El portal se abrió y salió una mujer, sostuve la puerta y me colé adentro.

Tres escalones y un pequeño pasillo con dos puertas, la A y la B. En esta última había una tarjeta clavada con una chincheta con el nombre de un tío. Llamé a la puerta A y esperé. Quizás me abría, ahogaría una exclamación y me arañaría la cara. Retrocedí un paso, los músculos de mis brazos se tensaron un poco. Nada. Se abrió la puerta B a mi espalda. Era un tío cualquiera.

—Hoy no la he visto —me dijo antes de que yo le preguntara nada—. No sé dónde está —añadió como si se hubiera dejado la puerta abierta y Corazón se le hubiera escapado.

—Vale —le contesté, metiendo las manos en los bolsillos esperando a que se largara.

No lo hizo, bajó al portal, abrió uno de los buzones y sacó un papel de colores, lo estudió y se puso a leer la letra pequeña con el buzón abierto. Llamé de nuevo. Esperé. Nada. Estaba sacando las manos de los bolsillos porque lo iba a dejar cuando me pareció oír un pequeño ruido al otro lado de la puerta, algo como un tintineo. Podían ser las lágrimas de una lámpara que había movido el viento. Pero el sonido se había producido muy cerca de la puerta, en un pequeño recibidor o en un pasillo tal vez. Caí en la cuenta de que no soplaba nada de viento y que hacía demasiado frío como para tener las ventanas abiertas.

El tío no se había marchado, estaba leyendo de nuevo el folleto como si quisiera aprendérselo de memoria, había cerrado el buzón. De vez en cuando volvía la cabeza hacia mí buscando inspiración.

Alguien me estaba observando por la mirilla, supuse que era Corazón. No me oculté porque me conocía, así que llamé de nuevo. El tipo se había olvidado del folleto y ahora me estaba mirando retardadamente. Estaba claro que Corazón no pensaba abrir. Decidí dejarlo.

—No debe estar —le dije al tipo cuando cruzaba a su lado.

—Ya te lo dije. ¿Qué querías?

El tono había sido retador, pero no quería problemas que no tuvieran que ver con mi trabajo. Así que abrí y salí a la calle.

* * *

Iban a ser las once. Fui a Madrid en el cercanías, a la calle Ríos Rosas donde estaba la cafetería Alaska.

Era un local bastante pijo: grandes lunas daban a una acera ancha con árboles y transeúntes con la ropa bien planchada, con camareros y camareras en camisa blanca y pajarita, y una barra larga sin una sola